

## DEBE CONSERVARSE AL INDIO SU CULTURA SOLIDARISTA (Debe respetarse la cultura solidarista del indio)<sup>41</sup>

Los que hemos permanecido varios años entre campesinos, conviviendo con ellos y dándonos cuenta de su modo especial de comprender sus relaciones con los hombres y con las cosas que los rodean; los que nos hemos asomado al alma del indio, con esa afectuosa simpatía que enseña cien veces más que la fría mirada de la inteligencia; los que despojándonos de doctrinas y sistemas aprendidos en los libros hemos procurado penetrar sin ayuda extraña, en el misterio de esa raza, nos hemos persuadido bien pronto de que ella tiene prácticas sociales muy suyas, instituciones jurídicas y económicas que la tradición, la herencia y la raza han fijado en su ser de un modo indeleble, y que no se podría atentar contra esas formas peculiares de existencia, sin desgarrar a la vez el fondo mismo del alma indígena, sus características vitales más respetables, su originalidad prometedora de nuevas creaciones.

La raza indígena no puede vivir, por más que los teorizantes lo crean a la sombra de un derecho férreamente individualista; necesita, para subsistir y para desarrollarse, de instituciones y de procedimientos inspirados en un hondo sentido de solidaridad y de mutuo apoyo.

El contacto que los agraristas hemos tenido con las masas indígenas, nos ha llevado a esta conclusión: el individualismo escueto está bueno, si acaso, para las razas derivadas del tipo germánico o sajón, compuestas como están, de fuertes y bien preparadas individualidades, capaces por su pujanza biológica y por su pertrecho de elementos culturales para bastarse cada una a sí misma, en las ásperas contingencias de la lucha de la vida, de lo que esas razas llaman enérgicamente “the struggle for life”.

Pero para nuestra desamparada raza indígena, víctima de la conquista y de la expropiación sistemática, consumida y debilitada en lo biológico por una fatal herencia de hambres y de ayunos en lo moral, por una serie

41 *Derecho Nuevo*, periódico de acción social, México, D. F., jueves 19 de enero de 1933.

interminable de engaños, de traiciones, de humillaciones y de infamias, y en lo cultural y en lo económico, por la ausencia de toda preparación técnica, no menos que por visibles predisposiciones o de formaciones raciales que la conducen, no hay dinamismo, sino a la estática, no a la renovación, sino a la rutina y al estancamiento; para ese conglomerado, cada una de cuyas unidades es débil, si se la coloca aislada frente a las unidades a otra raza más fuerte que la haría sucumbir en una lucha económica de grande o de mediana intensidad; para ese grupo étnico, el individualismo y el aislamiento sería mortales, y sólo la ayuda recíproca, el esfuerzo y la defensa en común a suplir la falta de impulso y de acometividad de sus unidades aisladas.

Esta conclusión a la que indefectiblemente conduce la observación directa de los hechos contemporáneos, se haya ampliamente confirmada y robustecida por el atento estudio de la historia.

Así vemos que el barón Humboldt ese hombre eminente que conoció y comprendió a nuestro país mejor que muchos de nuestros compatriotas, nos sorprende con afirmaciones tan rotundas y reveladoras como ésta: “y esos mismos indios, estúpidos, indolentes y que se dejan dar de palos a las puertas de la iglesias, se muestran astutos, activos, arrebatados y crueles, siempre que obran unidos en un motín popular”.

García Icazbalceta va más allá: nos hace ver que “el indio jamás aprendió a obrar por sí, y hasta hoy nada sabe hacer sin juntarse con otros”. Y añade con mayor energía: “los indios dan a sus acciones, aún las más inocentes, un aire de motín”. (Biografía de Zumánaga, pág. 286 de la edición Agüeros).

Nada mejor observado que esto. La raza indígena, en su lucha con el hombre y con la naturaleza, obra siempre en común. Y obra así independientemente de toda coacción exterior: espontáneamente, por inclinación irresistible, por predisposición atávica, por el empuje de la tradición, no menos que por genio de la raza.

No hay necesidad de invitarla a la solidaridad ni a la cooperación. Ella las busca y la va hacia ellas por propio impulso, por un secreto instinto de conservación, por una suprema necesidad de supervivencia.

La raza indígena sabe, sin que nadie se lo haya enseñado, que “la cooperación es la defensa de los débiles”, que sólo ella puede salvarla, que allí está el único ambiente en que pueda encontrar cabal desarrollo.

¿Qué extraño es, pues, que su instinto secular la haya hecho descubrir esa forma especial de propiedad, que es elegido; campo el más propicio

para la realización de toda clase de empresas de apoyo mutuo, institución que no puede concebirse sin la aplicación de la solidaridad más estrecha?

¿Que mucho también, que todas las proezas arquitectónicas de esa raza (grandes pirámides, teocallis, fortalezas y edificios monumentales), se deban a la gigantesca agregación, a la disciplina y armoniosa colaboración de grandes masas de hombres que han sabido obrar de concierto y como impelidos por una idea apasionante y avasalladora?

El escritor hispano Alonso de Zurita oidor de la real audiencia y el más profundo conocedor de la sociología azteca, nos presenta a los indios trabajando en sus obras públicas y privadas, siempre unidos, “ayudándose los unos a los otros con gran alegría”, entonando cánticos a la hora del esfuerzo común y triunfando en su empeño merced a esa colaboración fraternal y entusiasta.

“Los indios —nos dice él— hacían y hacen las obras de común y con mucho regocijo, porque es gente para poco trabajo cada uno por sí, y juntos hacen algo... Sus templos y las casas de los Señores y las obras de república siempre se labraron de común, mucha gente con gran alegría unos con otros... En las sementeras ayudándose unos a otros, y algunos ratos sus mujeres y hijos, aunque pequeños.”

“Es costumbre suya —nos dice por su parte Motolinía— que acarreando los materiales, como van muchos en manadas, van cantando y dando voces, por no sentir tanto el trabajo: y estas voces no cesan de noche ni de día por la gran prisa y hervor con que edificaban la ciudad los dos o tres años primeros.”

Esto que vieron los escritores coloniales, lo observamos todavía en los campos que corren, variando sólo la magnitud o la importancia de los trabajos, dado que la raza se siente hoy vencida y sin las energías que en el pasado le permitieron dar cima a la obras de mayor aliento.

Vemos, por ejemplo, a nuestros indígenas, sobre todo si son de raza pura, hacer en común, sin retribución alguna y sin más recompensa que la escasa comida (el modestísimo “itacaté”), las obras de construcción y reparación de caminos, puentes canales, fuentes y forjas; la limpia de estas últimas y de los acueductos, y aún muchas veces (Sierra Norte de Puebla v. gr.), la construcción de la casa de cada nuevo vecino que llega al pueblo.

En esas regiones, en esos pequeños poblados no se concebiría (lo que sí se concibe y se realiza en las ciudades) que una familia pueda perecer de hambre, habiendo al lado otra u otras con abundancia de recursos. En esas comarcas van los vecinos a la obras comunes, sin necesidad de presión ni de estímulo de la ganancia, y si sólo por la convicción que ha llegado hasta la subconciencia, de que es un deber primario para cada vecino, acudir a

las empresas que de un modo u otro afectan a todo el vecindario, así se trate de obras de salvamento en casos de incendio o de inundación, o bien de trabajos de defensa contra las plagas, de captación de las aguas pluviales o de protección contra las devastadoras avenidas de los torrentes.

“Vamos al trabajo del común, a la obras del común” se oye decir allí a cada paso y con cualquier motivo. Y como se dice, se hace.

Las ideas, los hechos y los hábitos de solidaridad son entre ellos cosa corriente que a nadie llama la atención y de quien nadie prescinde. Allí no tiene cabida esa indiferencia criminal e inhumana que en nuestras grandes ciudades existe con relación a las necesidades, a los sufrimientos o a las privaciones de hombres que languidecen de miseria o agonizan de hambre, a dos pasos de nuestra moradas. Allí la humilde, la tradicional tortilla de maíz se comparte con el menesteroso que de ella tiene urgencia.

El apoyo recíproco la mutua ayuda y la solidarización de los esfuerzos no son, pues, en las comunidades indígenas, palabras vanas, temas para una declamación o simples ideales estérilmente preconizados por moralistas teóricos. Son realidades tangibles, son sentimientos que engendran hechos positivos, actuaciones concretas y eficaces.

La raza indígena tiende espontánea, natural y sencillamente hacia la solidaridad; del mismo modo que la raza blanca, si se le abandona a sí misma, llega fatal y necesariamente al régimen del acaparamiento y del monopolio.

¿Cómo y por qué medios la raza indígena realiza esas específicas tendencias, dentro del ejido y por medio del ejido?

Ello merece ya estudio por separado; pues es de advertir que nuestro indio no hay manera de imponerle etiquetas exóticas, no hay posibilidad de aplicarle formas de cooperación ajenas a su modo de ser o ridículamente calcadas de alguna majestuosa y complicada organización técnica, del tipo inglés, holandés o alemán (cosa que ya se intentó hacer en reciente, presuntuosa y fracasada legislación sobre sociedades cooperativas y organización bancaria agrícola).

El indio solo quiere, únicamente acepta aquellas formas de cooperación que encajen en sus posibilidades mentales, que se adapte a su peculiar psicología y que no rompan con los hábitos, con las ideas y con los sentimientos gravados en él por una tradición de muchos siglos.

En una palabra, él no quiere, ni puede ni debe renunciar a su propia cultura, para incorporarse de golpe a una civilización exótica, que hiere y lastima sus características esenciales.